

El Bilbao soñado de Iñaki Azkuna

Dr. Iñaki Azkuna

Alcalde de Bilbao

En Bilbao ha habido soñadores y soñadoras forjadores, pero también muchos/as cuya mayor preocupación ha sido la peseta, sin importarles la ciudad. La *billbainada*, esa fanfarronía graciosa, ha vivido durante años (más en la época del franquismo, en que hasta para soñar había que pedir permiso) de muchos tópicos: el puente colgante, los ingenieros, el Athletic, los de Deusto del P. Bernaola, y el Iguatorio. En la actualidad hay espacio para los soñadores, para las oportunidades en la ciudad y, sobre todo, para soñar en cualquier proyecto, por complicado que sea. Bilbao ha mejorado en autoestima y nos sentimos capaces otra vez, como antaño, de levantarnos de nuestras cenizas. Que el señor Santiago, nuestro patrono, y nuestra patrona de Begoña nos iluminen.

Iñaki Azkunaren ametsetako Bilbo

Bilbon ameslari ekinzale asko egonagatik, beste askoren kezkarik behinena peze-ta izan da, azken hauei hiriaren nondik norakoak ez zihoazkiela. *Bilbainada*, ahobero-keria xeblere hori, aspaldikoa da (Francoren garaian indar berezia izan zuen; izan ere, amets egiteko ere haimena behar) eta topiko askotan oinarritu da: eskegitako zubian, ingeniarietan, Athleticen, A. Bernaolaren Deustukoetan eta Iguatorioan, besteak beste. Gaur egun, badago lekua ameslerientzat, hirian aurrera egiteko eta, zailtasunak zailtasun, edozein proiektu amets egiteko ere. Bilboren autoestimua gora egin du eta, ostera ere, lehen bezala, geure errautsetatik altxatzeko gai ikusten dugu geure burua. Santiago gure zaindaria eta Begoñako Amak argitu gaitzatela.

The Bilbao dreamt by Iñaki Azkuna

In Bilbao there have been dreamers and dreamers who have constructed, but there have also been many whose greatest concern has been money, without any care for the city. The *Bilbainada*, that amusing boast, has for many years (more so in the years of Francoism, when permission had to be requested even for dreaming) made use of many clichés: the transporter bridge, the engineers, the Athletic football club, P. Bernaola's students at Deusto, and the Health Insurance System. Today there is room for dreamers, for opportunities in the city and, above all, for dreaming about any project no matter how complicated. Bilbao has increased in self-respect and we once again feel able, as in the past, to rise up from our ashes. Let Santiago, our patron saint, and our patron the virgin of Begoña illuminate us.

Yo no sé si es un sueño o una serie de sueños que se van prodigando durante toda la vida, un desideratum, un deseo compulsivo para que mi Bilbao siga con fuerza en el mundo, o una envidia lo que siento cuando veo otras ciudades, al menos algunos aspectos de otras ciudades. De joven, puesto que soy un nonato en Bilbao y a pesar de que un bilbaino nace donde le da la gana, tuve otras inquietudes, literarias, deportivas, políticas, y no recuerdo estar muy preocupado por la ciudad, aunque sí por sus habitantes. Las personas me han preocupado siempre, incluso más que las patrias, y me sigue preocupando su quehacer, su discurrir, los problemas que les acechan, porque al fin y al cabo son los habitantes del planeta –con nombres y apellidos– los que nacen, se desarrollan, viven y mueren. Son las personas las que damos alegría y tristeza a este mundo, las que provocamos los problemas y solucionamos algunos, los que con nuestra soberbia, envidia y prepotencia declaramos las guerras y establecemos el derecho de conquista para que otros durante largos años intenten y deban con santa paciencia restañar heridas. Entre las personas también hay santos y santas que se han dedicado al prójimo más que a ellos mismos y otros/as que dedican grandes esfuerzos por mejorar la condición humana sin que lleguen a tal nivel de santidad.

A fuerza de años, de observar la inclemencia de los humanos, y con la experiencia que a uno le va otorgando la vida y el atemperamiento de ciertas pasiones, he ido conformando una idea de la ciudad y de sus gentes, pero siempre concediendo la importancia suprema a éstas.

Yo empecé a ser bilbaino al final de mi bachiller y, sobre todo, al filo de mi carrera médica, cuando comencé a frecuentar los hospitales de la villa. Mi infancia, por tanto, no tiene los recuerdos que otros describen con maestría. Mi infancia conoció esporádicamente la villa, y mis recuerdos se circunscriben sobre todo a Atxuri y la plaza de la Encarnación –que es donde recalábamos los de pueblo– el casco Viejo y el Arenal, con imágenes del Arriaga, del Gargantúa y de los gigantes y cabezudos. No me costó nada adaptarme a Bilbao. Fue algo absolutamente natural.

Mis vivencias en torno a Bilbao comienzan en plena juventud como un chico de pueblo que va descubriendo la capital, con un conocimiento desigual de la ciudad. Conocía mejor la calle Correo, o Bidebarrieta, paso obligado para llegar al Arenal, pues el tren o el autobús nos expulsaba en Atxuri; conocía mejor el entorno de Begoña que, pongamos por caso, Rekalde. Conocía mejor la zona de Basurto-Olaveaga que Uribarri-Matiko, por mis estancias en el hospital o en Pro-cardiacos.

Mis inquietudes literarias o por las artes plásticas me llevaron a ir descubriendo paulatinamente un Bilbao desconocido para mí, y que he acabado de descubrir a lo largo de muchos años. Y pongo en solfa el verbo “descubrir” porque nunca se llega a la totalidad, siempre surgen aspectos parciales. Pero dentro de esta imperfección, propia de nuestro siglo –tan prolífico y exhaus-

tivo en información, tan especializado y en el que tan difícil resulta encontrar gentes con una vasta cultura universal, como los que pretendió el Renacimiento— siempre me ha impresionado un artículo del crítico bilbaino Ricardo Gutiérrez Abascal, más conocido como Juan de la Encina, publicado en “La Voz de Madrid” en 1929, en las postrimerías de la Dictadura de Primo de Rivera, urdiendo ya la España republicana, y recogido en el libro publicado por ediciones El Tilo. Extraigo algunos párrafos de “La ciudad angosta” dedicados evidentemente a nuestra villa: *“Ésta es una urbe entre montañas. Construida como en el fondo de un desfiladero. No es la ciudad castellana que buscaba el cerro o el alcor para encaramarse sobre ellos y hacerse fortaleza cerrada frente a lo que pudiera venir por la llanura, que es camino de todos. Esta urbe que digo no se encarama; se bunde. No tiene interés en ascender y ver los horizontes de las otras vertientes; pero en cambio se lanza río abajo, hacia el mar. No es terruñera. Es marítima. Y agazapada en el barranco, parece que allí se guarece y abraja —en acecho— de los vientos marineros. Se dijera también, por su posición en un recodo oculto del río, refugio de piratas, como aquellos a quienes un economista alemán atribuye la fundación de los estados marítimos. Es una ciudad mezcla de zorro, alcotán y milano. Pero tiene más del zorro que del ave marítima o terrestre.*

Difícil cosa libertar su espíritu de la querencia a la calleja, a la hondonada, al barranco. No puede vivir sin un montañón que se curve sobre él a manera de alón de la chueca. Y semejante espíritu de angostera, tal agorafobia, nadie lo ha recogido mejor que sus arquitectos —buenos constructores ciertamente, pero artistas de escaso fuste. Hay que verlos hacer guerra al espacio. No soportan las plazas ni los jardines, y allí donde por casualidad sus antepasados dejaron un hueco, allí acudieron ellos presurosos, como bomberos a la voz de ¡fuego! A rellenarlo enseguida; a construir un nuevo desfiladero urbano, a trastocar el conato de espaciosidad en barranco. Hombres desprovistos de la noción de gracia y la gallardía.. ¡qué espíritu de pesadez el de esos hombres! Construyen bloques enormes, en los que no se les ocurre poner una sola nota de gracia, ya sea en el color, ya en la línea, o la masa. Y si por rara casualidad aparece, es que a una mujer se le ha ocurrido poner en su balcón un tiesto con un poco de verde o unas flores... Pusieron en sus manos una nueva ciudad que hacer y no han sabido erigir apenas otra cosa que una factoría de gesto ceñudo y cabezón. Dios se lo pague. ¿Por qué no supieron trepar por las laderas del barranco y hacer un trazo encantador o noble de ciudad pensil, ciudad colgante, como la buena lógica de estética urbana se lo pedía?... Y acaba Juan de la Encina con esta frase: “En la ciudad angosta ¿quién la arrancará al fin —a ella, que tiene tantas otras virtudes— su espíritu de capataz?”.

Juan de la Encina, un crítico, un esteta, arremete contra los arquitectos. Imagino que extrapolada a la actualidad esta crítica supondría un reparto de culpas entre urbanistas, promotores, arquitectos y políticos. Porque uno de los problemas de Bilbao es el final de siglo. Y quiero soñar despierto, recordan-

do la historia. El Bilbao que hoy conocemos es producto en gran medida del siglo XIX, aunque en el XX, en los años 50 y 60, se hayan hecho algunos desmanes urbanísticos, extendidos al proceso de desarrollismo que experimentó la España de la segunda parte de la dictadura. En todo caso, Bilbao podía haber sido una apacible y tranquila ciudad provinciana. Está claro que el desarrollo de la industria y el comercio y la vitalidad de sus gentes la han transformado completamente.

Allá por 1800, Bilbao tenía aproximadamente 10.000 habitantes. En el conjunto de Bizkaia sólo Bermeo y Abando contaban con censos superiores a 3.000 personas (G. Portilla, pág. 41). En 1857, en Bizkaia sólo vivían en municipios de 5.000 habitantes el 15% de la población. La industrialización modificará profundamente esta realidad. Para 1900, el porcentaje de la población urbana ascendía al 53%, situándose en 70% en 1930. (G. Portilla, pag. 46). Las ciudades tenían problema de salubridad, que hoy no nos podemos hacer idea. Cuando en nuestros días discutimos si hay que bajar a determinadas horas la basura al contenedor o si los camiones de basura nos molestan por las noches, suena a carcajada comparando con lo que pasaba antaño. En los meses de verano, las clases acomodadas se trasladaban hacia lugares de veraneo, playas y balnearios. Las ciudades lucían en todo su esplendor la insalubridad crónica de las mismas. Bilbao no era una excepción. La limpieza, higiene y salubridad de las calles, las mismas necesidades fisiológicas de la población, creaban un problema sanitario de primera magnitud. El propio alcalde Pablo Alzola pudo comprobar en 1878 el penoso estado de las cloacas y la posibilidad de propagación de enfermedades transmisibles. Sólo es necesario repasar la morbi-mortalidad de la villa. Pero es que había ayuntamientos, como el de Deusto (pag. 60), que todavía en 1880 no recogía la basura, que era depositada por el vecindario en la calle, al lado de las casas, o vertida a la Ría. No digamos nada del suministro de agua potable. Solamente citaré, para acabar con este punto concreto, que en 1890 se elaboró un ambicioso proyecto de saneamiento de todas las aguas de la villa, ejecutado entre 1892-1903, con una inversión de casi 6 millones de pts. Se construyeron 32 kilómetros de canalizaciones y fue una de las grandes obras de la época.

He expuesto esta problemáticas para situarnos en el Bilbao que proyectaba ya la gran ciudad, la que anexiona Abando, Begoña y al final Deusto. Traspasar la Ría le costó a Bilbao 600 años desde su fundación y muchos disgustos, como el intento de Zamácola de construir “el Puerto de la Paz” con el objetivo de competir y, a ser posible, anular a Bilbao. El Bilbao moderno se crea, en plena expansión económica –hierro, siderurgia, navieras y comercio– con las anexionadas, la construcción del Ensanche, de los barrios obreros que forman un cinturón, con una inmigración de muchas regiones españolas y también de la ruralidad vasca, y el desarrollo igualmente de los pueblos ribereños de la Ría. En todo caso, la industrialización repercutió poderosamente en la transformación urbana y demográfica de Bilbao y los pueblos

ribereños (G. Portilla y col. 161). A lo largo de 1877-1890, Bilbao pasa de 39.000 a 93.000 habitantes, con un crecimiento anual del 3,8% durante esos 23 años. Aunque Bilbao había mantenido una preponderancia sobre la Vizcaya rural, es ahora en el cambio del siglo XIX al XX cuando se redefine el papel de la villa, gracias a la industrialización.

Se consolida la burguesía, en un entorno político y económico adecuado a la misma, mientras que se proletariza una población creciente; ambos hechos tienen trascendencia urbanística (G. Portilla y Beascoechea, 163). Así se crean los ensanches residenciales (modelo del barón Haussmann en París) y los suburbios residenciales (esquema británico). “Las clases dirigentes bilbainas ejercieron un férreo control sobre el entorno, incluso dentro de la misma villa, donde se practicó una clara jerarquización social y morfológica de sus barrios. Un ejemplo fue el Ensanche. Después del fracaso del plan elaborado por Amado Lázaro, rechazado por los organismos, instituciones y sobre todo por los intereses que existían, se lleva a cabo el propuesto por Alzola-Hoffmayer y Severino Achúcarro, que obtiene el beneplácito de las autoridades y grupos con intereses en la zona (hoy hablaríamos del lobby) aun a costa de renunciar a lo más progresista del plan anterior. En este plan, la iniciativa privada se constituía en el motor del desarrollo urbano. Tal como explica P. Díaz Morlan en la biografía dedicada a Horacio Echevarrieta (pag. 33) *“el interés privado se impuso al público y al poder municipal –dentro del cual es sabido que se hallaban importantes valedores del primero– y el Ensanche se convirtió en una parcela de la economía hacia la que se sintió atraída una parte del capital acumulado por la burguesía vizcaína en el último cuarto del siglo XIX”*.

Alrededor del espacio reservado para el Ensanche fue surgiendo un cinturón de suburbios, sin más planificación que la dictada por el interés particular, para dar alojamiento al explosivo crecimiento demográfico (Portilla 168). Atxuri, Iturribide, Uribarri-Matiko, San Francisco, Las Cortes, Bilbao la Vieja, compartían anarquía urbanística, hacinamiento e insalubridad. Paralelamente, sobre las antiguas anteiglesias de Abando, Begoña y Deusto se configuran suburbios como Zorroza, Olabeaga, Basurto, La Casilla, Recalde, Bolueta, Zorrozaurre, Ribera de Deusto. El hacinamiento e insalubridad de las habitaciones de las viviendas fueron una constante en la vida bilbaina de los suburbios. Se había iniciado la definición de un espacio residencial de calidad en Guecho por la gran burguesía, mientras que los lados de la Ría eran una yuxtaposición de viviendas e instalaciones industriales y portuarias, creciendo de forma desordenada aquéllas, en los huecos que dejaba la industria.

Esta configuración urbana nos ha afectado y nos afecta todavía. Vaya que si nos afecta. Hay que añadir a ello, los “poblados” –por llamarles de alguna forma– que se construyeron alrededor de la villa en los 50 y 60, acompañados de aquel chabolismo que tan bien han descrito algunas películas del cine italiano o español. Hay que reconocer también que se hicieron barrios como el Txurdínaga o el mismo de San Ignacio, que son otra cosa.

Pienso que esta configuración urbana, lo constreñidos que estamos entre nuestras montañas y la falta de grandes extensiones de terreno, al revés que Vitoria, por ejemplo, han tenido que pesar como una losa en las sucesivas autoridades municipales. Sin ir más lejos, leerán con frecuencia en los periódicos los problemas que nos dan –y la impaciencia e incompreensión que generan– las viejas tuberías del agua corriente. Desde hace muchos años pienso y sueño, sueño despierto –no recurran a Freud, por favor– por el Bilbao de mis amores. Porque la historia la ha conformado como es, en este lugar surcado por la Ría, en nuestro convulso país. Mi Bilbao soñado es una mezcla de “recuperación de desperfectos y el empuje de una ciudad cosmopolita que hace mucho dejó de ser provinciana, en plena transformación del antiguo tejido industrial. Todo ello en una metrópoli cuyo eje central es la Ría, que tiene que avanzar conjuntamente en una sociedad plural que abrace el conocimiento.”.

Bilbao Metropolitano

Desde la crisis industrial de los 70 y 80, Bilbao ha sufrido una serie de importantes transformaciones. Si la iglesia y el puente de San Antón –el que nos unió durante siglos con la meseta castellana– fueron y son el escudo, el emblema de Bilbao, no hay duda que en el emblema moderno aparecerían el Museo Guggenheim, el metro o el auditorio del Euskalduna. Bilbao es la marca de Euskadi en estos momentos. Pero Bilbao, lo mismo que no se ciñó en el XX al Casco Viejo, no debe reducir su nombre a la villa de D. Diego. No digo con esto que anexionemos otros municipios, como pretendió el alcalde Moyúa. Digo que es necesaria la suma de fuerzas del “Bilbao metropolitano”. No una anexión, sino una fórmula administrativa de colaboración y coordinación. Con mentes pacatas y mezquinas, el puerto de Bilbao seguiría al lado del Arenal, en vez de sacarlo al exterior y siempre algún cerebro calenturiento hubiera preferido el aeropuerto en terrenos propiamente bilbainos, por aquello del patrimonio. En poco tiempo, la estación de contenedores de Abandoibara se trasladará al superpuerto, y tarde o temprano la Feria de Muestras ocupará lugar diferente al actual. Pero siendo importantes estos aspectos urbanísticos puntuales, en el terreno económico y productivo, me parece fundamental la progresiva conformación del Bilbao metropolitano, siguiendo patrones europeos, como creador de sinergias a futuro y coordinador de aspectos urbanísticos, sociales, y económicos de primera magnitud. Estamos hablando de una población cercana al millón de habitantes, y de una complementariedad fuera de toda duda.

Una ciudad más amable

Parte de las primeras páginas han estado dedicadas al despropósito de la construcción anárquica de los barrios periféricos. Durante muchos años ten-

dremos que dedicar enormes recursos a mejorar la accesibilidad, la dignificación, la estética de muchos barrios, aunque entre los mismos hay notables diferencias. Otxarkoaga, que fue un disparate de construcción y urbanización, tras una visita girada por Franco a Bilbao, ha mejorado ostensiblemente, a pesar de los pesares, pero es una ejemplo de lo que puede costar a las arcas públicas un proyecto inadecuadamente planificado. Los vientos sembrados en la dictadura los está recogiendo sobradamente la democracia. Con todo, el barrio de la villa en peores condiciones es el de Bilbao la Vieja. La colaboración interinstitucional, una profunda regeneración urbana, la tenacidad y la paciencia deben promover un cambio drástico. No es motivo de la conferencia enumerarlos, pero es menester dejar sentado que los barrios de Bilbao, sin olvidar el centro, necesitan una inversión constante durante largos años.

¿A qué llamo yo una ciudad más amable?, ¿a la estética de la misma, al embellecimiento? Sí, pero también a la *Recuperación ambiental de la Ría*, a la recuperación de las riberas y su transformación en paseos, a una mayor plantación de árboles, a la disminución del ruido (bocinas, eventos nocturnos), al cuidado de nuestros montes circundantes, (por cierto, estaría dispuesto a estudiar la posibilidad de un campo de golf, pero no al precio de cientos de viviendas alrededor), a mayores equipamientos deportivos e infantiles, y a un tráfico que tiene soluciones difíciles en Bilbao, aunque hay una cosa cierta. El coche, ese elemento esencial para el desarrollo de nuestra economía nos altera la atmósfera, es motivo de ruido y tal como va aumentando el parque automovilístico, si no ponemos remedio acabará por echar al peatón de la ciudad. Aparcamientos sí, más periféricos que centrales, medidas coercitivas también, y un transporte público de calidad: Metro, bus y tranvía. Auguro que a pesar de la incomodidad de las obras, ampliaremos en el futuro la expansión del tranvía. Apuesto también por la peatonalización selectiva de calles de la ciudad: la transformación en plaza de la calle Epalza es un ejemplo de recuperación de espacios para el viandante. Alguna vez he soñado con un gran parque en Abandoibarra, verde y más verde, pero comprendo también, despierto, la búsqueda de un equilibrio entre la construcción y el parque, y más cuando los precios del mercado (algunos han llamado a esto especulación), han procurado una serie de plusvalías que se invertirán en otros puntos de la ciudad. Como mecanismo de ejecución me parece un acierto la sociedad Bilbao Ría 2000, ejemplo de partenariado de diversas administraciones e instituciones públicas, con importantes actuaciones en Bilbao y Baracaldo.

Sueño con avanzar en Abandoibarra, pero también en Bilbao la Vieja y Miribilla, en la promoción de viviendas sociales, en la casa grande de Elorrieta, en Mina del Morro y en Ollerías, en Hermanitas de los Pobres, allí entre Atxuri y Santutxu. Sueño con cambiar Basurto, y disminuir la pesada losa que padecen los vecinos, la losa de tanto servicio público entremezclado (Feria, Escuela de Ingenieros, Estación de Autobuses, Hospital, San Mamés), adobado todo ello con esa entrada inmisericorde de Sabino Arana hasta el corazón

de la ciudad. Sueño con que, aclarados estos extremos, hay que planificar y discutir una solución para Zorrozaurre y también para la parte de Zorroza que abraza la Ría. ¿Ciudad de Servicios? Sí, pero ¿acaso no cabe en Bilbao la pequeña industria, o esa otra no contaminante, que tantos puestos de trabajo procura a la población? ¿Tenemos que desahuciar todos los muelles y olvidarnos de nuestros tinglados portuarios? He ahí el dilema.

Necesitamos también una estación de autobuses, la intermodal, allá en Abando. No es de recibo que los autobuses colapsen una circulación de por sí maltrecha, pero seguramente se podrá ejecutar con más realismo presupuestario que el que sólo en líneas generales conozco. Ardo en deseos de que la pasarela Arrupe sea una realidad, frente a la Universidad de Deusto, pero la Ría necesita más puentes entre las dos orillas, puentes entre el recientemente construido de Euskalduna y el de Rontegui.

Bilbao, ciudad universitaria

Burdeos posee cinco universidades, amén del Polo Universitario que las cohesionan. Bilbao tiene dos, la de Deusto fundada por bilbainos, y la Pública, la U.P.V., que cuenta sobre todo con la centenaria Escuela de Ingenieros y los economistas de Sarriko. A pesar de ello, insistiremos en la necesidad de transformar Bilbao en una ciudad universitaria. Queremos la oportunidad de que viejas o nuevas facultades se ubiquen en la villa y que la savia nueva estudiantil impregne nuestra sociedad. No queremos solamente una sede social, más o menos deslumbrante. Unas Universidades en Bilbao, imbricadas en el tejido social y comprometidas en el futuro de la ciudad.

Un Bilbao cultural

La ciudad va adquiriendo una nueva visión ante una oferta cultural creciente, que debe potenciarse en cantidad y calidad, y de cara a las administraciones, dotado de nuevos y más ágiles instrumentos que mejoren la gestión de los recursos.

El Arriaga debe concienciarse del nacimiento del Euskalduna y buscar su público mediante una nueva programación, sin copiar miméticamente al nuevo palacio, sino diversificando y diferenciándose claramente de él. Me podrían preocupar los grandes eventos culturales. Vendrán a Bilbao sin ninguna duda. Me preocupa más toda esa gente que nunca ha asistido a un concierto o a una función de ópera o teatro. He ahí el esfuerzo informativo junto a otro pedagógico que deben hacer las instituciones públicas. Enseñar y educar a niños y adolescentes en la cultura. Ese es un reto rentable para el futuro, que se ha empezado en el Arriaga al invitar a los Colegios a asistir al espectáculo.

Dotar a los Museos, fundamentalmente al de Bellas Artes, de nuevos métodos de gestión es otro de nuestros retos. Más y mayor participación de la

empresa privada en su gestión, y gestión cada vez más profesional. En ese camino estamos. Ampliación del Etnográfico, el de los Santos Juanes, apoyo a la apertura de la Burrería en Iturribide, y una buena reflexión sobre el de Reproducciones.

Dos palabras para señalar nuestra voluntad de apoyar la expansión de la Biblioteca Foral en Arbieta y la construcción del nuevo Conservatorio de Música en Ibarrekolanda, elemento este último crucial para que pueda construirse aquélla. Así como nuestra firme voluntad de transformar la Alhóndiga en un centro dedicado al deporte y la cultura.

Al final la pregunta es: ¿Quiénes asistimos a los diversos actos culturales? Seguramente un extracto de la población, mientras que otros –los de abajo en la escala sociológica– no acceden nunca. Este es el dilema: la extensión de la cultura progresivamente a la mayoría de la población.

Un Bilbao social

Estamos pasando una buena racha económica. Bilbao se desespera de la terrible crisis industrial de los 70 y los 80. Todavía tenemos una de las tasas de paro más altas de Euskadi y al lado de modernos edificios tenemos barrios con grandes problemas de desempleo, prostitución o toxicomanías. Bilbao está de moda, pero de eso también se enteran los narcotraficantes.

Aunque el drogadicto sea rechazado por una gran parte de la sociedad, según las encuestas, es nuestro deber apoyarle e intentar sacarle de esa situación en que desgraciadamente ha caído, aunque a veces tengamos que enfrentarnos a situaciones de incompreensión. Sueño realmente en la comprensión de la gente, en su colaboración para paliar nuestras carencias, y construir una sociedad más justa. Solidaridad es la comprensión de los problemas sociales, el apoyo a los mismos y el reparto de la riqueza. Es evidente que, a partir de la segunda guerra mundial, Europa ha ido construyendo una sociedad más igualitaria, con menos diferencias sociales y, sobre todo, con una clase media cada vez más potente. La Sanidad y la Educación Públicas y los sistemas de la S. Social han contribuido poderosamente a afianzar este modelo que, en líneas generales, concuerda con mi modo de pensar.

El Bilbao del conocimiento

Es decir, el Bilbao de la educación, de la universidad, de la tecnología, del aprendizaje de los idiomas. Es el futuro, pero también el presente. Es la elección entre avanzar o quedarnos parados. Cuando hemos tenido que elegir, estos últimos meses, entre zanjas y molestias o nuevas tecnologías, no lo he dudado. Las molestias de hoy son nuestro futuro. El problema es que para apostar por una sociedad más justa, hay que introducirse en la senda del progreso y del conocimiento, de los avances en la comunicación y la informáti-

ca, de sus múltiples aplicaciones. Coincide mi conferencia con la de J.A. Garrido, presidente de Metrópoli 30 y estoy seguro que él –que conoce y predica– ahondará en este tema.

Bilbao Internacional

Bilbao está en boca de mucha gente en el mundo, y de ser una desconocida, aparece dibujada en el mapa. Las instituciones públicas y las privadas deben invertir y sembrar y, sobre todo, asistir a los foros internacionales, para que a su vez esos foros se celebren también en Bilbao. Las conexiones internacionales son fundamentales en una sociedad moderna y quien así no lo vea es que no conoce lo que se está cocinando en el mundo.

Un Bilbao plural

Estamos inmersos en los últimos tiempos en un ambiente general asfixiante. Todos citamos la pluralidad y la tolerancia, pero debe ser con la boca pequeña. Entiendo que en la política haya posiciones enfrentadas, pero no al grado de que la incomunicación y la exclusión nos conduzcan a crispar al país, provocar la desunión territorial y, en definitiva, a destruir la cohesión social, que es el auténtico motor de la ciudadanía.

Siempre la urbe tiene otras connotaciones que el mundo rural. Pues bien, Bilbao ha sido una ciudad harto plural. Bilbao ha sido una ciudad liberal de escritorio, de oficina, liberal en el comercio, pero eso se acabó. No conozco yo a muchos que profesen el liberalismo económico hoy en día en nuestros lares o, al menos, no lo confiesan y estoy de acuerdo con Fusi que, cuando nació el socialismo y el nacionalismo, el liberalismo bilbaino fue el germen del conservadurismo español. Pero en Bilbao hubo además carlistas, y digo dentro, no sólo rodeando a la invicta entre las huestes de Zumalacarreui y D. Castor de Andechaga. Y hubo monárquicos, republicanos, radicales y, sobre todo, hubo y hay gente que no está afiliada a ninguna idea. No tienen ideario político. La mayoría de esta gente se deja dirigir por su sentido común o sus emociones, según el día y las circunstancias, y contamos también con gente marginal (ideológicamente hablando) que no quiere saber nada del sistema imperante en cada momento. El “nosotros” y “ellos” es muy complicado en Bilbao, porque no hay dos grupos bien definidos, sino muchos grupos que enriquecen una sociedad variada, nada uniformizada. Y todos son bilbainos y bilbainas porque nadie ha inventado un patrón de “bilbainía” y nadie tiene derecho a expender certificados de este tipo. ¿Qué significa todo esto? Que el diagnóstico político debe hacerse en esta premisa fundamental sin falsos idealismos ni oportunismos. Transformar esta realidad social en el “yo” o “ellos” es un ejercicio de totalitarismo.

La pluralidad bilbaina es nuestra riqueza. En Bilbao han funcionado las condiciones que han representado a estratos diferenciados de la sociedad, a

mayorías que definían de alguna forma esa realidad. Es cuando se consigue una mayor cohesión social. Yo sueño y anhelo que no haya bloques incommunicados, que no haya trabas infranqueables y que discurra el juego de las mayorías sin exclusiones. Mientras no aceptemos las reglas de la pluralidad, estaremos en peligro del exclusivismo, la intolerancia y el totalitarismo. La violencia terrorista, que sólo conocíamos en países coloniales, y marginalmente en la Europa occidental, seguirá teniendo un campo abonado si el esfuerzo democrático es escaso. Señoras y señores, he ahí la cuestión de fondo. Si aceptamos o no la democracia con todas sus consecuencias y con el mismo derecho para todos sus actores, es decir para toda la ciudadanía.

En Bilbao ha habido soñadores y soñadoras forjadores, pero también muchos/as cuya mayor preocupación ha sido la peseta, sin importarles la ciudad. La bilbainada, esa fanfarronía graciosa, ha vivido durante años (más en la época del franquismo, en que hasta para soñar había que pedir permiso) de muchos tópicos: el puente colgante, los ingenieros, el Athletic, los de Deusto del P. Bernaola, y el Iguatorialio. En la actualidad hay espacio para los soñadores, para las oportunidades en la ciudad y, sobre todo, para soñar en cualquier proyecto, por complicado que sea. Bilbao ha mejorado en autoestima y nos sentimos capaces otra vez, como antaño, de levantarnos de nuestras cenizas. Que el señor Santiago, nuestro patrono, y nuestra patrona de Begoña nos iluminen.